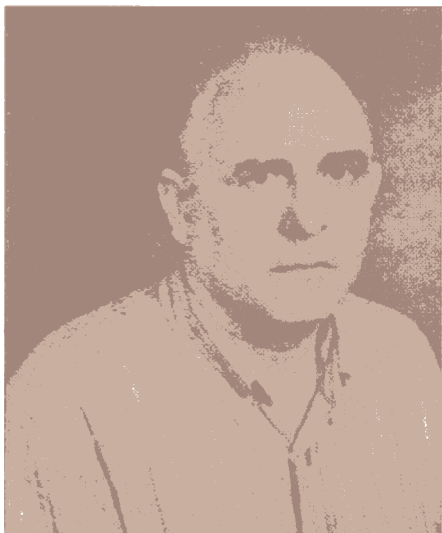


## Cinco autores para el nuevo milenio

José ORTEGA\*



**C**onfieso que me ha costado más de lo previsto decidirme a escribir sobre un tema del que no estoy en absoluto convencido. Es verdad que me considero un defensor apasionado de la lectura y de la biblioteca pública como espacio esencial para el acceso generoso y sin límites a la formación, la información y el conocimiento; pero me resulta enormemente difícil la elección de cinco libros que “no deberían faltar de ninguna manera en una biblioteca pública”. Soy de los que creen que la biblioteca pública tiene que poner a disposición de los ciudadanos todos los libros para que sea el lector quien seleccione, quien decida cuáles son las lecturas que le apasionan o le conmueven, que le enriquecen o le inquietan. No ha de preocuparle que no pueda leer muchos libros, lo importante es que sean buenos;

49

a ser posible aquellos que le lleguen a lo más hondo, porque la palabra se ofrece en ellos íntegra, honesta y “bien dicha”. A fin de cuentas, es cuestión, como decía Paul Valéry, “plus élire que lire”. Y estas convicciones mías se han visto reforzadas cuando he releído uno de estos “cinco libros” que, ingenuamente, pretendía seleccionar: *El defensor* de Pedro Salinas.

Pero se trata de hacer una selección de cinco libros que, en mi caso, e imagino que en el de los demás, ha supuesto un proceso de elección personal resultado de afinidades desconocidas, de impresiones intransferibles o de esa inefable confidencialidad que se establece entre el lector y la lectura. Por eso esta selección es más final de un trayecto que punto de partida. Es el resultado de una relación fundada en la fidelidad y en la confianza en determinados escritores y en su obra. También es producto del sosiego a que invita esta tarde otoñal, parda y monótona, de lluvia lenta y fértil, en la que me decido por cinco poetas de voz profunda, con los que mantener un diálogo constante y fecundo

---

\* Ha sido profesor de literatura. Ha desempeñado varios cargos en la Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana. En la actualidad es Jefe de la Sección de Bibliotecas.

y a cuyos textos uno siempre puede regresar cuando necesite ese golpe de aire limpio de las cumbres que alivie la inteligencia y facilite la respiración en medio de tanta mediocridad y baratija cultural. Son cinco clásicos, en el sentido exacto de la palabra, idóneos para acompañar la soledad del lector y para iniciarse, nunca es tarde, en el oficio vagabundo de la lectura.

En primer lugar propongo los tres poemas de San Juan de la Cruz: la *Noche oscura del alma*, el *Cántico espiritual* y la *Llama de amor viva*. En estos poemas se condensa posiblemente la poesía más sublime y original de la lírica en castellano. No es necesario ni imprescindible aproximarse a ellos desde la perspectiva del intelectual o del teólogo que profundiza en la inefabilidad o en la simbología mística de los textos de San Juan de la Cruz. Admiten, desde luego, una lectura más inmediata, en una atmósfera terrenal, la los enamorados. Son, como dice Jorge Guillén en su excelente estudio en *Lenguaje y poesía*, “tres magníficas expresiones del amor humano, en ausencia y presencia, en inquietud y plenitud”. Una referencia sin caducidad para estos tiempos prosaicos tan poco propicios para la emoción íntima y para la práctica de la inteligencia.

Es mucho lo que el lector puede descubrir leyendo los poemas de San Juan de la Cruz. Sólo es cuestión de dejarse seducir por la cadencia del verso, la emoción de la palabra y lo sublime del pensamiento. A mí me ha servido.

50

Otro escritor por el que siento una predilección especial es Giacomo Leopardi. Heredero de un cuerpo deforme, que le llevó a la muerte prematura y a vivir la paradoja más lacerante: la del amor sin objeto, su biografía y su obra son testimonio fiel de un momento histórico caracterizado por la tensión entre una forma sutil de esclavitud encarnada en las “viejas ideas” y la eclosión de la libertad como valor individual. Poeta donde los haya de lo que hoy se ha dado en denominar “poesía de la experiencia”. En pocas ocasiones se ha dado una relación tan estrecha y tan condicionante entre vida y literatura. En este sentido, es estremecedora la carta-dedicatoria que precede a la edición de los *Cantos*, donde el poeta expresa la voluntad de consagrar su dolor con la poesía y se lamenta diciendo “Todo lo he perdido: soy un tronco que siente y pena”. No obstante, su obra es un intento de superación de la infelicidad, una apuesta por esas razones del corazón que el entendimiento no conoce.

En los *Cantos* he encontrado, sin salir de la trayectoria de los clásicos, algunos de los textos precursores de la modernidad. Ideas y sentimientos alejados de la retórica romántica vacía, cargados de autenticidad, expresados en verso exacto, justo, depurado. Poemas como *El infinito*, *Amor y muerte*, *A la luna* o *El pensamiento dominante* son capaces de trasladarnos todavía hoy sin dificultad a los mundos de la emotividad y del pensamiento y, sobre todo, a la exaltación de la individualidad.

Dicen que cuando Unamuno partió hacia su exilio en Fuerteventura se llevó tres libros. Entre ellos estaba un ejemplar de los *Cantos* del poeta de Recanati. Este exilio fue más una oportunidad de liberación y de descubrimiento que de destierro y oscuridad, no me cabe la menor duda.

A los poemas de Hölderlin llegué tarde, en mi época de profesor de literatura. Es el poeta al que muchos escritores hacen referencia, del que casi todos se sienten deudores. Heidegger lo bautizó como el “poeta de los Poetas”. El universo de las citas extraídas de sus textos o referidas a su obra es inmenso. Me quedo con una de Luis Cernuda: “Hölderlin, con fidelidad admirable, no fue sino aquello a que su destino le llamaba: un poeta”.

He leído casi toda su obra traducida al castellano. Comencé con *Empédocles*, seguí con *Hiperión o el eremita de Grecia*, después leí los *Poemas de la locura*, los *Ensayos*. Ahora estoy leyendo *Las grandes elegías*. Con frecuencia regreso a *Hiperión*. Es el libro en el que más subrayados y anotaciones he hecho, tal vez porque me siento identificado con esa utopía tan bellamente resumida en la exclamación “¡Que cambie todo a fondo!”.

Hay un personaje femenino del *Hiperión* verdaderamente fascinante. Aparece antes en *El banquete* de Platón y también lo he encontrado en una de las grandes novelas del siglo XX, *El hombre sin atributos* de Musil. Se trata de Diótima. Encarnación literaria de la inteligencia y de la sutileza del pensamiento y, tal vez, elemento de ligazón de tres obras cimeras de la literatura universal.

Otro escritor elegido en este vagabundeo por mis preferencias literarias es Juan Ramón Jiménez. Poeta que, como otros de su generación: Rubén Darío, Unamuno, los Machado, Valle-Inclán, Azorín, Pío Baroja, o Maeztu es muy nombrado en los libros de texto y en las celebraciones de aniversario pero cada vez menos leído. De la abundante obra de Juan Ramón Jiménez he seleccionado uno de sus libros menos conocidos, al menos entre el gran público. Se trata de un libro que recoge dos poemas en prosa *Tiempo y Espacio*, concebido el primero como un “párrafo” distribuido en siete “fragmentos” y el segundo como “3 estrofas” distribuidas en “fragmento primero (sucesión)”, “fragmento segundo (cantada)” y “fragmento tercero (sucesión)”. La concepción formal de estos poemas suponen ya todo un hallazgo innovador en la trayectoria literaria del poeta.

Juan Ramón Jiménez se explaya en estos dos poemas de tal manera que, sin la limitación que imponen el ritmo o la rima del verso y con cierta dosis de atonalidad, nos encontramos con el poeta a un mismo tiempo reflexivo e impulsivo, con el intelectual que indaga críticamente en el destino político y cultural de su patria o con el filósofo que profundiza o zozobra en las ideas de dios, del destino, del amor, del tiempo o del espacio.

*Tiempo* es un texto escrito siguiendo la técnica del monólogo interior empleada en otras ocasiones por Juan Ramón Jiménez, cuya originalidad respecto a la utilización que hacen otros escritores consiste, en palabras de su autor, en que él se mantiene “lúcido y coherente en la escritura” a pesar del desorden interno y externo del poema. Es un poema sometido a distintas redacciones, en el que el poeta experimenta formas de expresión poética como la escritura automática tan recurrida por los surrealistas. *Espacio* es un poema más elaborado, más concluido.

En estas lecturas he descubierto un Juan Ramón Jiménez diferente que me ha impresionado sobre todo en la lectura de *Espacio*.

El último de “mis escritores” es José Ángel Valente, amigo con el que compartí sobre todo la palabra y poeta por el que siento una admiración profunda. Me resulta fácil sintonizar con su pensamiento, con su actitud ética ante la historia y con su visión poética de la naturaleza y de la vida. Lo conocí en Pamplona hace nueve años aproximadamente. Coordinó un ciclo de conferencias sobre San Juan de la Cruz y la poesía mística. Con él recorrí Navarra de norte a sur y me empapé de su humanidad y de su sabiduría. Su obra ya la conocía. Me había sentido subyugado por la lectura de *Las palabras de la tribu*, *Material memoria* y *Tres lecciones de tinieblas*. Más tarde llegaron a mi biblioteca *Al dios del lugar*, *No amanece el cantor* y *Nadie*. Ahora espero la publicación de unos poemas póstumos que recogen sus últimas reflexiones sobre la muerte. Valente es el poeta de la palabra descarnada y del silencio fecundo.

Quiero dejar constancia y testimonio, por último, de mi admiración y reconocimiento a dos escritores navarros a los que debo, sobre todo, algunos momentos de goce intelectual y, en un caso, amistad. Son Pablo Antoñana y Miguel Sánchez-Ostiz. Sus obras también deberían estar (estoy convencido de que están) en las bibliotecas públicas.